

LIBRO TERCERO

ARGUMENTO

Sentado Dios en su trono, vé á Satan, que vuela hácia el mundo nuevamente creado, y mostrándole á su Hijo, que reside á su diestra, le predice cómo intentará y logrará aquel pervertir al género humano. Pone á salvo de toda imputacion su justicia y sabiduría, dado que ha hecho al Hombre libre y capaz de resistir á las tentaciones de su enemigo; y anuncia su designio de perdonarle, atendiendo á que no se dejará llevar de su propia perversidad, como Satan, sino de la seducción de éste. El Hijo glorifica al Padre por su bondad, pero Dios declara al propio tiempo que no podrá conceder su gracia al Hombre sin que la justicia divina quede satisfecha, porque al atentar contra su poder, aspirando á la divinidad, se ha hecho reo de muerte con toda su descendencia, y debe morir, á no ser que haya álguien capaz de reparar su culpa, sufriendo el castigo de ella. El Hijo de Dios se ofrece entonces voluntariamente á rescatar al Hombre; acepta el Padre la oferta, ordena su encarnacion, y dispone que sea exaltado sobre todo cuanto existe en el cielo y en la tierra. Manda luego á todos sus ángeles que le adoren; obedécenle ellos, y al compás de sus arpas, entonan himnos de gloria en loor del Omnipotente y de su Hijo.—Entre tanto, desciende Satan á la superficie exterior del globo terráqueo, y divagando por uno y otro punto, llega á un lugar llamado posteriormente el Limbo de la Vanidad. Qué seres y qué cosas se dirigen volando hácia el mismo sitio. Acércase despues á las puertas del cielo, y se describen las gradas por donde se sube á él, así como las aguas que corren por encima del firmamento. Pasa Satan á la órbita del Sol, y encuentra á Uriel, rector de aquella esfera; pero ántes toma la forma de un ángel inferior, y pretextando un religioso deseo de contemplar el mundo nuevamente creado, y al Hombre colocado por Dios en él, procura averiguar cuál es su morada. Indícasela Uriel, y Satan dirige á ella su vuelo, deteniéndose primeramente en la cima del Nifates.

¡Salve, sagrada luz, hija primogénita del cielo¹ ó destello inmortal del eterno Sér! ¿Por qué no he de llamarte así, cuando Dios es luz, y cuando en inaccesible y perpétua luz tiene su morada, y por consiguiente en ti, resplandeciente efluvio de su increada esencia? Y si prefieres el nombre de puro raudal del éter, ¿quién dirá cuál es tu origen, dado que fuiste ántes que el sol, ántes que los cielos, cubriendo á la voz de Dios, como con un manto, el mundo que salía de entre las profundas y tenebrosas ondas, arrancado al vacío informe é inconmensurable?

Vuelvo ahora á tí nuevamente con más atrevidas alas, dejando el Estigio lago, en cuya negra mansion he permanecido sobrado tiempo. Miéntas volaba cruzando tenebrosas regiones y ménos sombríos ámbitos, canté el Càos y la eterna Noche en tonos desconocidos á la citara de Orfeo. Guiado por una musa

(1) El lector recordará que Milton era ciego cuando componia su *PARAISO PERDIDO*; la literatura no tiene nada tan sublime y conmovedor como la sentida queja que sale del corazón del inspirado vate.

celestial, osé descender á las profundas tinieblas, y remontarme de nuevo, árduo y penoso empeño. Seguro ya, vuelvo á ti, siento tu influencia vivificadora; pero tú no iluminas estos ojos, que en vano buscan tu penetrante rayo sin descubrir claridad alguna: á tal punto ha consumido sus órbitas invencible mal, ó se hallan cubiertas de espeso velo. Mas alentado por el amor que me inspira sagrados cantos, recorro sin cesar los sitios frecuentados por las Musas, las claras fuentes, los umbrios bosques, las colinas que dora el sol; y á ti sobre todo ¡oh Sion! á ti, y á los floridos arroyos que bañan tus santos piés y se deslizan con suave murmullo, me dirijo durante la noche. Ni olvido tampoco á aquellos dos, iguales á mi en desgracia (¡asi los igualara en gloria!), el cielo Tamiris y el ciego Meónides¹, ni á los antiguos profetas Tiresias y Fineo², deleitándome entonces con los pensamientos que inspiran de suyo armoniosos metros, como el ave vigilante que canta en la oscura sombra, y oculta entre el espeso follaje, hace oír sus nocturnos trinos.

Así con el progreso del año vuelven las estaciones; mas para mi no vuelve jamás el día: no veo los dulces albores de la mañana, ni el crepúsculo de la tarde, ni la flor de la primavera, ni la rosa del estío, ni los rebaños de los prados, ni la faz divina del Hombre. Sumido entre tinieblas y eternas nubes, apartado de las gratas sendas de la vida humana, no me ofrece el libro cuyo estudio es tan interesante, más que una inmensa página en blanco, donde están borradas para mi las obras de la naturaleza, y la sabiduría halla cerrada en uno de mis sentidos la puerta que más fácil entrada le dejaria.

Brilla, pues, dentro de mi con más esplendor ¡oh celeste luz! Ilumina con tus rayos las potencias todas de mi alma; pon ojos en ella; purifica y presévala de las sombras que la envuelven, para que pueda ver y narrar cosas invisibles á la vista de los mortales.

Desde las cumbres del puro empireo, donde ocupando su trono, domina sobre las mayores eminencias, inclinó una mirada el omnipotente Padre para contemplar á la vez sus obras y las obras de sus criaturas. Agrupábanse en torno suyo todas las santidades del cielo, como otras tantas estrellas, y se gozaban en su vista con indecible bienaventuranza: á su diestra tenia asiento su único Hijo,

(1) Tamiris era un poeta de la Tracia, citado por Homero; Meónides era un nombre que se dió al mismo Homero, tomado del de su padre, que se llamaba Meon.

(2) El primero fué rey de Tebas y el segundo de la Arcadia, célebres ambos en la antigüedad porque profetizaron en verso cuando quedaron ciegos.

radiante imágen de su gloria. Dirigió su vista á la Tierra, fijándola en nuestros dos primeros padres, únicos seres de la especie humana, que colocados en un jardín delicioso, saboreaban inmortales frutos de paz y amor, inalterable paz, amor sin igual en aquella soledad dichosa. Miró despues al infierno, y al abismo que le separa del mundo, y vió á Satan volando por la tenebrosa atmósfera, en torno de los límites del cielo, y hácia la region de la Noche, inclinado á posar sus fatigadas alas y su pié impaciente en la árida superficie de este mundo, que le parecia un globo sólido y sin firmamento. Dudaba si era océano ú aire aquel espacio; y observándole Dios con la profunda mirada que penetra en el presente, el pasado y el porvenir, dirigió á su Unigénito estas proféticas palabras:

«¿Ves, Hijo mio, el furor de que está poseido nuestro adversario? Ni la estrechez en que se halla, ni las barreras del infierno, ni las cadenas de que está cargado, ni aún el vacío inmenso del abismo bastan para contenerle: tanto le ciega la desesperacion de una venganza que recaerá sobre su rebelde cabeza. Rotos ahora los lazos que le oprimian, se acerca al cielo, á la region de la luz, dirigiéndose al mundo nuevamente creado, con el intento de destruir por la fuerza al Hombre que mora allí, ó lo que es peor, pervertirle con algun artificioso engaño. Y lo conseguirá; porque atento el Hombre á sus falaces lisonjas, y quebrantado fácilmente mi único mandato, la única prueba que exijo de su obediencia, caerá no sólo él, sino toda su infiel progénie.

»¿A quién podrá culpar, á quién más que á si propio? ¡Ingrato! Le concedi cuanto podia anhelar; le inspiré la justicia, la rectitud, la fuerza para sostenerse, aunque con la libertad para caer; del propio modo creé á todas las potestades y espíritus etéreos, así á los que permanecieron fieles, como á los que se rebelaron, pues libres fueron los unos para sostenerse, los otros para caer. Sin esta libertad, ¿qué prueba sincera hubieran podido dar de verdadera obediencia, de constante fè ni de amor, obrando solo por necesidad, no voluntariamente? ¿De qué alabanza se hubieran hecho merecedores? ¿Qué satisfaccion habia de causarme semejante obediencia, cuando la voluntad, y la razon (que en la razon tambien hay albedrio), tan vana la una como la otra, privadas ambas de libertad y ambas pasivas, cedieran á la necesidad, no á mi precepto?

» Así creados, y conforme al derecho de que disfrutaban, no pueden en justicia acusar á su Hacedor, ni á su naturaleza, ni á su destino, cual si éste avasallase su voluntad ó dispusiera de ellos por un decreto absoluto ó una prevencion

suprema. Ellos mismos han decidido su rebelion, no yo; yo la tenia prevista, mas semejante prevision no redundaba en disculpa suya, que no por haber dejado de prevenirla hubiera sido ménos segura. Asi pues, sin que los impulse nadie, sin poder achacarlo al destino, ni á una predestinacion inmutable por parte mia, ellos son los que pecan, ellos los autores de su mal, en que caen deliberadamente ó por su eleccion. Libres los he formado; libres deben permanecer hasta que ellos mismos vengan á esclavizarse, pues de otra suerte me seria forzosó cambiar su naturaleza, revocando el supremo decreto, inmutable y eterno, por el cual les fué otorgada su libertad. Ellos sólo son la causa de su caida.

» Los primeros culpables cayeron instigados, tentados por si mismos, y por su propia depravacion: el Hombre cae engañado por aquellos rebeldes, y por lo mismo obtendrá gracia; los otros no. Por la misericordia y la justicia triunfará mi gloria asi en el cielo como en la tierra: mas la misericordia, desde el principio al fin, será la que resplandezca más.»

Mientras hablaba asi Dios, se difundia por todo el cielo un aroma de perfumada ambrosia que comunicaba á los elegidos espíritus de los bienaventurados el inefable gozo de un nuevo júbilo. Mostraba el hijo de Dios la expresion de una gloria sin igual; veíase en él sustancialmente reproducido su Padre en toda su plenitud; y en su rostro aparecian visibles una divina compasion, un amor infinito y una inefable gracia, que le movieron á dirigirse á su Padre, diciendo asi:

«¡Oh Padre mio! ¡Cuán misericordiosa es la sentencia que como supremo juez has pronunciado! ¡Que el Hombre obtendrá perdon! Por ella publicarán cielo y tierra tus alabanzas en innumerables himnos y sagrados cánticos, que resonando alrededor de tu trono, para siempre te bendigan. Pero ¿será que el Hombre perezca al fin? ¿Que la última y más amada de tus criaturas, el más jóven de tus hijos, sea victima de un engaño, aunque su propia demencia contribuya á él? Léjos de ti rigor tanto, léjos de ti, Padre mio, que juzgas, y siempre equitativamente, de cuanto has hecho. ¿Conseguirá asi sus fines nuestro adversario, frustrando los tuyos y sobreponiéndose su malicia á tus bondades? ¿Verá satisfecho su orgullo, aunque sujeto á más duras penas, y logrará saciar su venganza, arrastrando consigo al infierno, después de haberla corrompido, á toda la raza humana? ¿Has de destruir tú mismo tu creacion, y deshacer por ese enemigo lo que has hecho para tu gloria? Pondrianse entónces en duda tu bondad y tu grandeza, y se negarian una y otra, sin que fuera posible defenderlas.»

«¡Oh hijo mio, en quien tanto se goza mi alma, le replicó el Sumo Hacedor, Hijo de mi seno, mi único Verbo, mi sabiduria, mi más eficaz poder! Conformes están tus palabras con mis pensamientos y con lo que mi eterno designio ha decretado; no perecerá enteramente el Hombre: salvaráse el que lo desee, mas no por su voluntad propia, sino por mi gracia libremente concedida. Restableceré de nuevo su degenerada condicion, aunque sujeta por el pecado á impuros y violentos deseos, y con mi ayuda podrá otra vez resistir á su mortal enemigo; pero esta ayuda ha de servirle para que sepa á qué extremo ha llegado de degradacion, y para que á mi, exclusivamente á mi, sea deudor de su libertad.

» Ya entre todos ellos he escogido á algunos, dignos de mi predileccion, porque tal ha sido mi voluntad: los demás oirán mi llamamiento, y serán con frecuencia amonestados para que, reconociendo su iniquidad, se apresuren á aplacar mi indignacion y aprovecharse de la gracia con que les brindo. Yo iluminaré cuanto sea necesario la ofuscacion de sus sentidos, y ablandaré sus endurecidos corazones para que puedan orar, arrepentirse y prestarme la debida obediencia. Á sus ruegos, á su arrepentimiento y sumision, cuando procedan de un ánimo sincero, ni mis oidos ni mis ojos permanecerán cerrados; les daré por guia y árbitro la conciencia; y si la escuchan y la emplean bien, cada vez alcanzarán más luz, y perseverando hasta el fin, tendrán segura su salvacion. Pero nunca disfrutará de mi inagotable indulgencia ni de mi gracia los que la olviden y menosprecien, sino que se aumentarán en el endurecido su dureza y en el ciego su ceguedad para que tropiecen y caigan en mayor abismo; y sólo á estos excluiré de mi misericordia.

» Resta todavía que hacer: desobediente y rebelde, el Hombre ha quebrantado su fé, y pecado contra la alta majestad del cielo; ha aspirado á la divinidad y perdidolo asi todo, sin reservar nada con que expiar su crimen; por lo que amenazado de destruccion, debe perecer con toda su posteridad. Preciso es, pues, que él ó la justicia dejen de existir, á no ser que en su lugar se ofrezca voluntariamente alguno capaz de dar completa satisfaccion, es decir, muerte por muerte. Ahora bien, decidme, celestes potestades: ¿dónde hallar semejante abnegacion? ¿Quién de vosotros, para redimir el crimen del hombre, se hará mortal? ¿Qué justo salvará al injusto? ¿Existe en todo el cielo tan sublime amor?»

Á esta pregunta enmudecieron los coros allí presentes, y el cielo todo quedó en silencio. No se presentó en favor del Hombre patrono ni intercesor alguno,